

ras de los pintores místicos; los ascetas de Ribera, más enjutos que los de Tiziano, con la mirada fija en el cielo mientras los aparatos del tormento desgarran sus músculos y descoyuntan sus huesos: las cabezas prodigiosas de Ribalta, los atletas de Zurbarán, los santos de Juan de Juanes, las mujeres de Murillo y de Rúbens, tan diferentes en sus actitudes y expresión, y tan hermosas, sin embargo, la infundían un respeto supersticioso hacia aquellas generaciones muertas. Todos los semblantes que contemplaba, fueron y vivieron como ella, sufriendo unas veces, gozando otras, amando y creyendo y cantando; jirones de la gran caravana humana, pasaron por el mundo legando una sombra de su personalidad, un rostro fijado en un lienzo que el hidrógeno sulfurado del aire iba ennegreciendo poco a poco.

¿Dónde fueron aquellos hombres demacrados o vigorosos que sirvieron de modelos a Ribera y a Zurbarán?... ¿Dónde las mujeres de Tiziano y de Murillo, y la lujurante querida de Rúbens?... ¿Dónde las jóvenes que inspiraron a Ribalta y a Pantoja sus incomparables cabezas; y a Velázquez sus retratos y a Juan de Juanes sus ascetas y a Teniers sus aldeanos y a Goya sus manolas y sus chisperos?... De todos ellos sólo quedan vestigios: una actitud, una sonrisa, deslizándose en un trozo de tela; y recorriendo los vastos salones del Museo, experimentaba la emoción que la producían los cementerios, donde no se oye a nadie pero se siente a mucha gente.

Allí estaba el *Prometeo*, de Ribera, encadenado en la cima del Cáucaso, luchando por romper las cadenas que oprimían sus muñecas y sus vigorosas piernas de titán; con el semblante desfigurado por el dolor, la boca entreabierta, los ojos saltones inyectados en sangre, los músculos frontales violentamente contraídos. La trágica gran-

deza del cuerpo se apreciaba mejor desde lejos, surgiendo del fondo negro del cuadro como una visión de calenturiento; recordaba la fábula, parecía que el buitre que le desgarraba las entrañas aleteaba allá dentro, oculto en las tinieblas impenetrables y silenciosas.

—Ribera me fascina con su genio — dijo Claudio —, pero me aburre pronto: siempre es el mismo: el artista del sufrimiento, el trágico de la pintura, el escritor de novela por entregas, que vive de la emoción pública y la aumenta poniendo al fin de cada capítulo un sugestivo *continuará*: los días que dediqué al minucioso examen de sus obras, he vuelto a mi casa triste, como si hubiese visitado un hospital o una sala de disección. Los artistas españoles han dejado el cielo sin santos. Aquí tenemos *La última cena del Señor* y las desventuras de *San Esteban*, originales de Juan de Juanes: no me gustan; en ellos todo está muy recortado; las casas, los árboles, las figuras, tienen contornos duros; parecen cromos baratos. Este retrato es de Sánchez Coello y aquel, que representa un viejo con ropa de cuello alto y lechuguilla, lo firma Tristán, un pintor del siglo xvii de mucho mérito... El retrato de Murillo, pintado por Alonso de Tobar, y *La Magdalena*, de Tejeo... Pero como es imposible verlo todo en un día, vamos en busca de Velázquez, y luego echaremos un vistazo a las escuelas italiana y flamenca. Vengan ustedes por aquí.

Se adelantó, indicando el camino, y Estrada aprovechó aquella coyuntura para acercarse a Matilde.

—¿Nos iremos pronto?—dijo.

Claudio volvía y la conversación no continuó.

—Estamos delante del milagroso cuadro *Los borrachos*—dijo, dirigiéndose a Estrada, que se había sentado en un diván—; ese que está casi

desnudo sentado sobre un tonel y con la frente ceñida de pámpanos, es Baco, coronando de hiedra a un borracho; el semblante más admirable es el de en medio: tiene estereotipada la imbecilidad; los ojos quedaron tan prodigiosamente pintados, que aparentan ver, y sin embargo, no expresan ninguna idea; y esos labios macilentos, renegridos por la saliva espumosa de los bebedores, huelen a vino... ¡Qué color el de ese cutis, qué arrugas las de esa frente!... Es un milagro del arte; lo que decía Dumas de Shakespeare podría aplicarse a Velázquez: es el hombre que más ha creado después de Dios. Creeríase que el pintor sevillano puso en sus figuras un espíritu inmortal que las eterniza. ¿Ve usted?... esos borrachos tienen un carácter propio, el alma de que yo hablé la tarde en que nos conocimos. ¡Oh!... si yo pudiese apropiarme la paternidad de esas cabezas, moriría tranquilo, seguro de haber conquistado la inmortalidad. Después de este cuadro me gusta *La fragua de Vulcano*; vean ustedes con qué expresión tan truhanesca escucha el Dios de los ciclopes las lamentaciones del rubicundo Apolo, que refiere los pecadillos de Venus y Marte.

Hay que apreciar las actitudes de esos cuatro hombres, sus carnes enjutas, desecadas por la abrasadora proximidad de la fragua; la altiva indiferencia de este primero y la femenil curiosidad con que aquél alarga el cuello para oír mejor... ¿Y dónde nos dejamos *La Rendición de Breida*?... ¡Con qué humilde cortesía le entrega Justino de Nassau a Spínola las llaves de la plaza, y con qué caballeresca benevolencia las recibe el general español!... ¿Y esa colección de rostros expresivos?... El más famoso es aquel que asoma detrás del caballo: es un semblante picareco, que inspira risa...

Continuaron andando.

—Estos cuadros—prosiguió Antúnez—son retratos originales de Velázquez: éste es el de Góngora, paisano suyo; el otro, Felipe IV, ya viejo, vestido con media armadura negra claveteada de oro. Aquí está el airoso *Pabillos de Valladolid*, bufón del rey Felipe, u *hombre de placer*, como entonces se denominaban los cortesanos que ejercían la triste misión de hacer reír.

Luego entraron en los salones destinados a las escuelas italianas.

Junto a la puerta estaban los cuadros del Greco; casi todos eran retratos varoniles; caras largas y muy pálidas, destacándose melancólicas de un fondo negro, parecían retratos de hermanos gemelos; tenían la misma frente tersa y bombeada, adornada en la parte superior por un raquítico mechoncillo de pelo; las cejas arqueadas; los ojos grandes, brillando con el fuego siniestro que inflama la mirada de los tísicos; la nariz fina, los labios delgados, el rostro enjuto y largo; éste era su rasgo más sobresaliente. Domenico Theopocupuli, murió loco, y su delirio le impulsaba a pintar semblantes y objetos exageradamente largos; para él la anchura no existía y su mano febril, cuando iba a dar longitud a una figura, no sabía detenerse. En su cuadro, *Jesucristo difunto en brazos de su Padre*, se advierte idéntica manía: la nariz de Jesús, las piernas, los brazos, los dedos de las manos, todo es largo en demasía, como los semblantes de los ángeles que le rodean; todos lloran y elevan al cielo sus ojos suplicantes, y Greco, no pudiendo dominar su vértigo, les pintó las cejas contraídas hacia arriba, juntándose en medio de la frente en forma de acento circunflejo.

Más allá estaban las obras de Tiziano, príncipe de la escuela veneciana en su época más floreciente. El cuadro *Venus y Adonis*, donde la di-

sa, presintiendo el sangriento fin de su adorado, le cñe entre sus brazos; *Venus* tendida en su lecho, recreándose con el amor y la música; el magnífico retrato del emperador *Carlos V*, de cuerpo entero, vestido con colete de ante recamado de oro, calzas blancas, gregüescos ajustados y gabán de tisú de plata, apoyando su mano derecha en el puño de la daga y sujetando con la izquierda, por el collar, a un perro lebel.

—He aquí a *Dánae* recibiendo la visita de *Júpiter*, transformado en lluvia áurea—dijo *Antúnez*—; es uno de los mejores de *Tiziano*, y no hay en el Diccionario epítetos para encomiar la belleza de esa mujer y la expresión codiciosa de aquel esclavo que extiende el pañuelo: pero tiene un defecto garrafal, antiartístico, que produce malísima impresión en el espectador delicado. ¿No lo advierten ustedes?...

Pablo Estrada, que no sabía servirse de sus ojos, alzó los hombros, sin contestar. *Matilde*, sobrecogida por aquella pregunta hecha a su buen gusto, quedó perpleja, buscando el defecto apuntado.

—¿Lo digo?—preguntó *Claudio*.

—No, espere usted aún—replicó ella—, yo no he contestado.

Luego añadió:

—El único defecto que hallo es la posición, un tanto pornográfica, de esa mano derecha.

Habló bajando la voz, temiendo equivocarse.

—¡Muy bien!—repuso *Claudio*—; tiene usted un sentido artístico muy delicado, ésa es la imperfección que yo noto.

Como en el hombre se confunden la prudencia y el miedo, así en el arte es insensible el tránsito del naturalismo a lo repugnante y soez, y esa mano colocada ahí, entre esos muslos abiertos; es de un efecto detestable.

Junto al cuadro de *Dánae* estaba *La Bacanal*, en donde a la sombra de un grupo de árboles se solazan varios mancebos y mujeres desnudas, bebiendo vino y con las sienes ceñidas de pámpanos: en primer término y a la derecha, está la bella *Ariadna*, dormida junto a la margen de un arroyo de vino; y al fondo y bajo unas vides, aparece el regocijado *Sileno*, echado indolentemente en el suelo, como cerdo dormido.

En todas las mujeres de este lienzo clásico abundan los rasgos que caracterizan a la cohorte femenina que pintó el célebre artista veneciano: *Ariadna* se parece a *Dánae*, a *Venus* y a *Diana*; todas tienen el mismo rostro ovalado de las italianas, los ojos adormilados y dulzones, el cuello grueso y mórbido, el vientre amplio, las piernas cortas; y todo liso y llano, sin arrugas, ni músculos, ni depresiones que quiebren la luz y alteren el uniforme colorido de aquellas carnes terrosas, faltas de sangre bullidora.

—Allá va una observación psicológica—dijo *Claudio*—; cuando salgamos de aquí verán ustedes cómo todas las mujeres se nos antojan feas, desgarradotas, sasonas, y sobre todo, demasiado vestidas. La razón es obvia: salimos del Museo saturados, si así puede decirse, de esta belleza clásica indiscutible, y cuando tornamos al mundo real, las mujeres que antes nos parecían bonitas, luego las encontramos feúchas, y las feas horribles...

—Entonces—replicó la joven—, yo no iría a visitar una exposición de pinturas con un hombre a quien quisiera rendir, porque las bellezas pintadas iban a dejar muy mal parada a la mía: los novios no deben entrar aquí, y si yo pudiese, fijaría sobre la puerta principal un gran cartel que dijese: «Sólo para señoras casadas».

Los salones de la escuela flamenca parecían

más claros; el desnudo abundaba más que en los cuadros italianos, y la luz se reflejaba con mayor alegría en aquellas carnes blanquísimas, duras, y brillantes como el raso, que daban frío. Allí resplandecían los genios de Rembrandt, Van-Reyn, y Jordaens, y del soberano Rúbens, verdadero fundador de la escuela colorista de Amberes, prodigando el blanco y el carmín sobre el cuerpo de sus mujeres: todas parecían hermanas, ostentando la misma cabellera rubia y ondulante, los ojos azules y lánguidos, la nariz gruesa, los labios carnosos y encendidos, un poco entreabiertos, expresando sed; los pechos altos y duros, el vientre ancho, brillando con reflejos alabastrinos, las nalgas y las piernas con sinuosidades de exquisita morbidez.

Pablo Estrada, aburrido de tan largo paseo, fué a sentarse en otro diván. Por aquel salón circulaban varias personas que bostezaban contemplando los cuadros: parecían gentes rústicas; ellas vestían sayas cortas y recias y pañuelo sobre los hombros; y ellos, amplias chaquetas de pana, pantalones estrechos que no pasaban de los tobillos y botas de cuero blanco, casi nuevas. Algunos se llevaban una mano a la dolorida nuca, paseando rápidas miradas de alto a bajo, como quien otea el paisaje fugitivo extendido ante la ventanilla de un tren en marcha; luego cuchicheaban entre sí, cambiando impresiones, y proseguían su camino.

Allí estaban viviendo en diferentes lienzos, *Andrómeda y Perseo*; la hermosa princesa etíope aparecía encadenada a un peñasco, junto al mar, y el héroe griego acudía a salvarla; él, vestido de hierro, la espada al cinto y los ojos encendidos por el deseo; ella, completamente desnuda, mirándole con provocativa languidez, ofreciéndole su amor a trueque de su libertad.

La lucha entre *Lapitas y Centauros*, provocada por Eurito, que roba a Hipodamia cuando ésta se hallaba celebrando sus bodas con Perithóo, son figuras de tamaño natural que reflejan el fuego de las más encontradas pasiones: Hipodamia se retuerce desnuda entre los membrudos y vello-sos brazos de Eurito, que huye con ella a refugiarse tras el misterio de los bosques.

Es la eterna mujer de Rúbens; gruesa, blanquecina, sensual: Eurito y los centauros que le acompañan, con los semblantes descompuestos por la ira y la lujuria que en ellos enciende la adquisición de tan rica presa; cetrinos, vigorosos, ágiles, armados con la inteligencia y los brazos del hombre, y la rapidez de sus patas de caballo; ellas lánguidas, procurando inútilmente defenderse y llevando en su propia desnudez el mayor enemigo de su virtud.

Juno amamantando a Hércules y formando la *Vía láctea* con un chorro de leche que se le escapó al augusto mamoncillo de la boca: fábula admirable del genio helénico que tuvo en la poderosa fantasía del pintor de Amberes, fiel interpretación. Diana descubriendo la preñez de Calisto estando bañándose con sus ninfas; Saturno devorando a sus hijos; el dios Vulcano forjando los rayos de Júpiter; Demócrito riendo con una máscara en la mano, y Heráclito llorando; Plutón robando en su carro a Proserpina; Orfeo bajando a los infernos en busca de Euridice; el trágico banquete donde Procne, para vengar la deshonra de su hermana Filomena, presenta a Taveo la cabeza y los miembros destrozados de su hijo Itis: el *Juicio de Paris*, que contempla a tres diosas desnudas, mientras el maleante Mercurio las enseña la manzana que ha de adjudicarse, como premio, a la más hermosa, *La Fortuna*, de pie sobre una esfera que flota por el mar a merced

de los vientos; Ganimedes arrebatado por Júpiter transformado en águila; el *Jardín del Amor*, en que se hallan los retratos de Rúbens y de Van Dyck, y de sus dos mujeres. El cuadro de *Ninfas y sátiros*, donde unas y otros aparecen retozando en una floresta inundada de sol; ellas, felices, sonrientes, satisfechas de poder tenderse sobre la hierba; ellos, bravíos, persiguiéndolas, con las narices coloreadas por la lujuria; y el magnífico lienzo de *Las tres Gracias*, Eufrosina, Aglae y Thalia, de pie y desnudas, abrazadas bajo un grupo de árboles; una de ellas está de costado, la otra de espaldas, con la rubia cabellera desplomada artísticamente sobre la nuca, la tercera, de frente, descubriendo sus pechos turgentes y su vientre de virgen casta, amplio y duro. Pero siempre, sea cual fuere su actitud, persistía la misma mujer, reproduciéndose indefinidamente en todos los lienzos del pasmoso artista flamenco; los mismos ojos platicadores y adormecidos por la pereza o relampagueantes de pasión, la boca húmeda y viciosa, el cuerpo de carnes apretadas y exuberantes, la misma piel tersa, limada y marmórea, dando frío y calor.

Pablo Estrada, sin moverse de su asiento, contemplaba el cuadro con ojos deliciosos: Matilde, parada en medio del salón, miraba también las tres Gracias, humillada ante aquella exaltación de la hermosura rubia, apadrinada por los artistas sajones; y Claudio pensaba en ella, sabiéndola superior a todo aquel harem pintado.

Habían dado las doce y Antúnez propuso ir a almorzar.

—Hombre, sí—exclamó Estrada alborozado—, el arte me ha estimulado el apetito; vámonos...

De regreso, aun pudieron ver otros muchos cuadros. La reina Artemisa, recibiendo en una copa y mezcladas con vino, las cenizas de su es-

poso Mausoleo, obra original de Rembrandt; a Snayers, que puso entre dorados marcos, la historia de las guerras flamencas; a Pablo Vos, con sus cacerías de ciervos, sus zorras y sus perros vigilantes; los retratos de Mengs y los caprichosos lienzos de Brueghel; y otra vez desfilaron los anémicos rostros del Greco, y los atletas de Zurbarán, y los expresivos semblantes de Pantoja y de Ribalta, y los mártires de Ribera, descoyuntándose en el suplicio, y las mujeres de Tiziano y los retratos de Velázquez y los niños inimitables de Murillo; y desfilaban todos en procesión inacabable, con sus caras alegres o tristes, causando un vértigo semejante al producido en el espectador por una multitud numerosa que no concluye de pasar.

Después de haber asistido con Rúbens y Rembrandt al triunfo de la luz y del carmín, los lienzos de las escuelas italiana y española parecían más sombríos.

Claudio Antúnez y Estrada iban delante, hablando; Matilde les seguía, pareciéndole que examinando aquellos cuadros guardadores de tantas bellezas muertas, hojeaba un capítulo de la Historia Universal.

El resto del día estuvieron reunidos: almorzaron juntos y volvieron al hotel. Por la tarde, cuando ya el sol había traspuesto la línea del horizonte, salieron a la explanada a respirar el aire fresco; fué un ratito de deliciosa tertulia, durante el cual evocaron las impresiones del día, discutiendo el mérito de los cuadros que les parecieron más notables. Estaban sentados y hablaban sin mirarse, con esa confianza que engendra el trato diario, y dilatando la vista por el cielo inmenso. La brisa refrescaba lentamente el calor del suelo abrasado; de la carretera venían ruidos de voces y de carros, y cantares, ladridos y alegres relinchos en

pintoresca confusión, las campanas del convento tocaban el *Angelus*... Pablo Estrada silbaba una tonadilla de zarzuela en boga: Antúnez hablaba sin deseos, únicamente por sostener la conversación; Matilde Landaluce, el domado levantisco espíritu por tantas sensaciones diferentes, se abandonaba a un dulce reposo.

Cuando Claudio Antúnez quiso marcharse, se ofreció la ocasión que Punto-Negro había acechado inútilmente durante todo el día. Pablo entró en el hotel a buscar el sombrero del pintor y los amantes quedaron solos.

—Espérame mañana, a las tres de la tarde, donde siempre,—dijo ella—; voy, aunque el cielo se hunda...

Claudio no pudo responder, porque Estrada volvía, pero la cita ya estaba dada: era un nuevo nudo que el Destino echaba al hilo fatal de su obra.

X

Y se vieron, y decidieron a ejecutar la más disparatada aventura que jamás imaginaron dos cerebros enamorados.

—Tenemos que arbitrárnoslas así—dijo ella—mientras pasa el verano y yo pueda recobrar mi antigua independencia de invierno, que va envuelta en pieles. Tú procura un disfraz y ve por las noches a rondar los alrededores de mi hotel, adoptando siempre las precauciones debidas... Situado en el punto que estimes mejor, esperas una señal mía; y... chiquito, la noche en que yo no pueda libertarme de mi gente, ¡qué diantre!... nos contentamos con vernos... Lo siento por ti, pero mucho, porque ¡cuidado si es largo el camino que tienes que recorrer!...

Aquella aventura, magnífica por los misterios de la noche y del disfraz, cautivó la imaginación de Claudio, ofreciéndole un fecundo nidal de episodios imprevistos y novelescos.

—Por las noches — continuó diciendo Matilde—, a eso de las ocho u ocho y media, salimos a la explanada; Juliana pone algunos sillones ante la verja del hotel, y allí nos sentamos a tomar el fresco y a charlar con los vecinos de los dos hotelitos inmediatos. A las once se deshace la reunión, y cada mochuelo vuelve a su olivo; luego, cuando todos duerman, procuraré hacerte entrar, o salir yo, escabulléndome por algún espiráculo a furto de mi gente. Tengo que aceitar las rejas de los pabellones para que no se quejen si acaso necesitamos abrirlas. Chico, ¡qué trabajo me cuesta decir «te quiero!...» Una frase tan pequeña y tan bonita...

Claudio Antúnez, con objeto de fortalecer sus recuerdos, pidió explicaciones prelijas acerca de las habitaciones, y del sitio en que debía esconderse si era sorprendido, y la ventana o puerta por donde podía escapar.

—Y para prevenirlo todo—añadió ella—, por las noches te molestas examinando la acerita que hay delante del hotel; yo, con toda idea, he aflojado un ladrillo colocado junto a la pared; y allí esconderé mis cartas; tú pasas luego, levantas el ladrillo, coges el papelito, vuelves a dejarlo todo según lo encontraste, y te marchas tan sereno... ¿Entiendes?

Transcurrieron varios días sin que Antúnez recibiese la cita prometida; el retrato de Matilde, que hasta allí le sirvió de pretexto para acudir tantos días consecutivos al hotel de Pablo, estaba concluido y fué preciso despedirse.

El retrato resultó un prodigio de ejecución; aquéllos eran los ojos de Punto-Negro, grandes,